



DIA VEINTICUATRO.

La oracion preparatoria como el primer dia.

MEDITACION.

OBEEDIENCIA A NUESTROS ANGELES CUSTODIOS.

Punto 1º Considera, alma mia, que la obediencia á nuestros Angeles custodios es un deber, de cuyo cumplimiento depende agradar á Dios Nuestro Señor y conseguir el último fin para que hemos sido criados; pues ellos no nos mandan sino lo mismo que Dios nos ordena; sus preceptos son los preceptos divinos, sus inspiraciones, las inspiraciones santas del Espiritu divino, su voluntad, la voluntad misma del Padre celestial. Por consiguiente, si obedecemos al Angel de nuestra guarda, obedecemos á Dios; si le despreciamos, despreciamos al mismo Dios, quien nos prescribe cla-

ra y terminantemente esta obediencia á nuestro Angel custodio por estas palabras: "Hé aquí que yo envío á mi Angel para que te guie, te acompañe en el camino y te conduzca al lugar que te he preparado, obedecele y escucha sus palabras."(1) Ahora bien, no podemos dudar que los Angeles nos hablan, pues ya hemos considerado al tratar de su lenguaje, cómo se comunican con nosotros ordinariamente, es decir, sugiriendo en nosotros los buenos pensamientos, inspirándonos firmes resoluciones de apartarnos del mal y practicar la virtud. Así, pues, cuando os sintais movidos á imitar el buen ejemplo de un amigo, no dudeis que ese movimiento interior es la voz del Angel que os habla; si á la vista de un pobre, os viene la idea de socorrer sus necesidades, esa idea es una inspiracion de vuestro Angel. ¿Y qué debeis hacer en estos y otros casos semejantes, sobre todo cuando se trata de la práctica de vuestras obligaciones? escuchar sus voces interiores, es decir, ejecutar lo mismo que vuestro amigo, dar la limosna al pobre segun vuestras posibilidades, etc.; de esta manera ya habeis obedecido á vuestro Angel custodio.

(1) Exod. 23.20.

Punto 2º Considera que aun cuando no estuviéramos obligados á obedecer á nuestros Angeles de guarda, no debiéramos aplicarnos ménos á hacer todo lo que nos aconsejan ó sugieren; porque en todo lo que nos dicen no tienen otra mira ni otro fin que nuestros propios intereses. Lo más frecuente, cuando nuestros padres y principalmente nuestros mayores nos mandan algo, es para sacar de nosotros alguna ventaja, por ejemplo, para que les ayudemos en sus trabajos ó para que ganemos para ellos dinero. Pues bien, aunque nos manden únicamente movidos por esa ventaja, nunca estamos nosotros dispensados de obedecerles. Todo lo que los Angeles nos mandan es solamente por nosotros y por nuestro bien; porque no tienen ninguna necesidad de lo que hacemos, y de ello no obtienen provecho alguno. Cuando nosotros trabajamos por la salud de nuestros prójimos y no logramos convertirlos, nos queda el consuelo de que no por esto perdemos el mérito de nuestro trabajo, segun aquellas palabras de la Santa Escritura: "Dará Dios la recompensa de sus santos trabajos;" y notemos bien que no dice de sus frutos ó buenos resultados; porque aunque sean inútiles, y no

saquen ningun provecho nuestros hermanos, el que por ellos trabaja alcanza el premio debido á su trabajo, segun el cual Dios recompensa y no segun los frutos ó resultados. Pero el Angel custodio no tiene ni aun este consuelo, trabaja y no merece nada, y cuando nosotros no le obedecemos trabaja sin provecho y sin mérito, pero sí, siempre sin disgusto porque todo lo que él pretende, obedeciendo á Dios, es simplemente obedecer, cumpliendo su palabra, *Facientes verbum illius*,⁽¹⁾ pues sabe muy bien cuánta honra y gloria se adquiere con obedecer los mandamientos de Dios. Obedezcamos, pues, á nuestros Angeles custodios para que no nos desamparen y abandonen y caigamos en poder de sataná y sus malignos artificios, como sucedió con Babilonia confiada al cuidado de los Angeles, quienes dicen: "Nos hemos esforzado por curar á Babilonia, y ella no se ha curado: la abandonamos."⁽²⁾ Orígenes comentando este pasaje, dice que acontece á una alma indócil á la voz de su Angel, que cuando llega la hora de la muerte, se retira de ella, no queriendo asistir á su caída en el abismo infernal.

(1) Psalm. 102. 20.

(2) Jer. LI, 9.

JACULATORIA.

Angeles que obedecéis á Dios y cumplis fielmente sus mandatos, enseñadnos la verdadera obediencia cristiana.

PRACTICA.

En las oraciones de la mañana, nunca omitais el propósito de seguir los consejos y santas inspiraciones del Angel de vuestra guarda.

Se rezan tres Padre Nuestros y tres Ave Marias con Gloria Patri y se ofrecen con la siguiente

ORACION.

Amantísimo Angel de mi guarda, que deseoso de mi eterna salvacion, estais continuamente hablando á mi corazon por medio de vuestras santas inspiraciones, intimándome el cumplimiento exacto de mis deberes; haced que yo sepa corresponder á vuestros deseos y obedezca vuestros mandatos y consejos, pues que todo lo haceis únicamente por mi felicidad. Perdonadme, Santo Angel mio, las innumerables desobediencias de que me he hecho culpable ante Dios y en vuestra santa presencia,

frustrando y haciendo inútil por mi parte vuestra mision divina. Alcanzadme los auxilios de la gracia para que siempre sea obediente y dócil á vuestros preceptos. Amen.

EJEMPLO.

Iba una vez cierto santo solitario muy fatigado del largo camino que diariamente tenia que recorrer para proveerse de agua, y miraba á una parte y otra buscando un sitio más cercano á la fuente para colocar allí su celda y no tener que andar tanto. Ocupado en este pensamiento oyó derrepente una voz humana que contaba, “uno, dos, tres, . . .” Sorprendióle mucho oír voz de hombre en aquella vasta soledad, donde le constaba que nadie habia fuera de él; volvió la vista atrás y observó que le seguia muy de cerca un lindísimo jóven. ¿Quién eres, le dijo el anciano, y qué buscas en este yermo? Soy el Angel de tu guarda, repuso el jóven, y voy contando uno por uno los pasos que das, porque cada uno de ellos tendrá en el cielo un premio muy colmado. Esto dijo y se ocultó á sus ojos, dejando al santo viejo tan animado á trabajar y sufrir, que léjos de trasladar su celda más cerca, la retiró cuanto

le fué posible para tener más ocasion de merecer.—*P. Rafael Pérez.*

*Oracion final á la Reina de los Angeles,
Oh María etc.*



DIA VEINTICINCO.

Oracion preparatoria como el primer dia.

MEDITACION.

ASISTENCIA DEL ANGEL CUSTODIO EN LA HORA DE
NUESTRA MUERTE.

Punto 1.º Considera, alma mia, que si en todo el tiempo de nuestra vida tenemos necesidad de los auxilios del Angel de la guarda; sobre todo en la hora de nuestra muerte se hace más imperiosa esta necesidad, porque entónces crecen asombrosamente los peligros del alma. Desde nuestro nacimiento ha venido sosteniendo nuestro Angel custodio una lucha encarnizada con el angel malo; y el éxito de esta lucha tiene que decidirse en los últimos momentos de la vida. El demonio, agota todos los recursos que su rabia le inspira para llevar al lugar de los tormentos

eternos á una alma que no pudo perder quizá durante la vida, porque sabe que pocos instantes le quedan; pero el Angel del cielo está allí á nuestro lado defendiéndonos de las iras de sataná y desbaratando todas sus astucias y artificios malignos. El furor del demonio en esa hora, no puede ser más poderoso que el celo de nuestro Angel; y basta sólo la voluntad y buena disposición de nuestra parte como la docilidad á sus santas inspiraciones, para que el enviado de Dios salga en la lucha vencedor. Verdad es que el demonio nos combate por el lado más flaco, porque conoce nuestras debilidades; y así nos pone las tentaciones más horrendas del vicio á que sabe hemos sido más inclinados; acrecienta á nuestros ojos, la malicia del pecado, la ingratitud á los beneficios recibidos, la tibieza en el uso de los Sacramentos, el desprecio á las obras de piedad; nos pinta, en una palabra, con los más vivos colores, la vida pasada; hace aparecer sin límites la severidad de la justicia divina y oculta la misericordia para que se pierda la esperanza cayendo en la desesperacion, amortigua la fé y casi extingue la caridad. La influencia satánica se extiende hasta en la enfermedad misma, si Dios lo permite, ya

privándonos del juicio ó del uso de los sentidos para inutilizar los buenos actos y todo medio de conversion y penitencia; y halagando con vanas apariencias á los médicos, á los deudos, á los amigos, para dar tregua á la administracion de los sacramentos, y, si es posible, privar del todo al pobre moribundo de los últimos consuelos de la religion. Todo ésto no es tan raro como se cree, son frecuentes los casos, nadie se exime de luchar más ó ménos con el demonio en la hora terrible de la muerte, y San Agustin afirma que nadie sale de esta vida sin verse cara á cara con el demonio.

Punto 2.º Considera, que si son tan terribles las acometidas de sataná en los momentos de la muerte, serian aún más horrosas si el Angel de nuestra guarda no desplegara allí todo su poder y todo su celo en favor nuestro, pues él ahuyenta á los demonios y los tiene como atados para que no puedan hacernos daño; nos dá fuerza contra las tentaciones, comunicándonos auxilios divinos. Nos muestra la justicia divina, pero no como sataná para desesperarnos, sino para infundirnos un saludable temor; nos descubre los tesoros de la divina misericordia

para aumentar nuestra confianza. No nos oculta la fealdad de los pecados, pero aviva nuestra fé, la cual nos asegura de que un solo acto de arrepentimiento basta para borrarlos todos. Por último, nos pone delante de los ojos en toda su hermosura los méritos de Jesucristo, la ternura maternal de María, las buenas obras que durante la vida hicimos en obsequio suyo, y nos hace sentir más vivamente su presencia; todo esto para endulzar y suavizar el más amargo de los trances de la vida humana. Mas no se limitan los cuidados de nuestro Angel á esto únicamente, sino que inspira á las personas ausentes que nos visiten para que nos hablen del peligro que corre nuestra alma, ó nos traigan un sacerdote á la cabecera para que nos imparta los últimos auxilios de la religion, y lo iluminen sugeriéndole los consejos que ha de darnos más aptos para convertirnos y consolarnos. San Felipe Neri refiere que Dios le hizo ver en cierta ocasion á los Angeles sugeriendo al oído de dos hermanos suyos, las palabras que decian á dos moribundos que estaban asistiendo. No puede dudarse que esto mismo pase con todos los que auxilian á los agonizantes; pero no siempre ha de haber

almas como la de San Felipe que claramente lo vean. Pidamos, pidamos, pues, á nuestro Angel nos imparta sus auxilios en esa terrible hora y no cesemos de dirigirle desde hoy nuestras oraciones para aquel trance.

JACULATORIA.

Santo Angel de mi guarda, defendedme de las asechanzas de Satanás en la hora de mi muerte.

PRACTICA.

Practicad con frecuencia el ejercicio de la buena muerte, que se halla en muchos libros de devocion y tiene concedidas numerosas indulgencias y ofrecedlo al Sagrado Corazon de Jesus por manos de vuestro santo Angel custodio.

Se rezan tres Padre nuestros y tres Ave Marias con Gloria Patri y se ofrecen con la siguiente

ORACION.

Amabilísimo Angel de mi guarda, tierno protector mio, que habeis de acompañarme hasta la hora en que mi alma sea arrancada de mi cuerpo; vos conocéis mejor que nadie los peligros á que seré expuesto en ese terrible trance, por

eso desde hoy os suplico me dispenseis en esa hora vuestros poderosos auxilios; sí, os ruego que deis entónces fuerza á mis trémulas y torpes manos para estrechar contra mi pecho el crucifijo y no dejarle caer en el lecho del dolor; que presteis luz á mis apagados y amortecidos ojos para que fijen en él sus miradas lánguidas y moribundas; que á mis labios frios y balbucientes, les deis poder de pronunciar el santo nombre de Jesus; que á mis oídos, próximos á cerrarse para siempre á las conversaciones humanas, les comuniquéis virtud de abrirse para oír de los divinos labios la sentencia irrevocable de mi eterna suerte, que alejeis de mí los espíritus infernales; y, finalmente, que recojais las últimas lágrimas de penitencia que derrame, ofreciéndolas al Dios de las misericordias, como un sacrificio de expiacion, para que mi alma sea recibida en su seno amoroso, donde sea feliz eternamente en vuestra compañía. Amen.

EJEMPLOS.

Estando San Ignacio de Loyola en el monte Casino, queriendo rogar á Dios por la salud del devoto P. Diego de Hazes,

que conoció estaba enfermo, vió de repente el alma de dicho Padre, que fué el primero que murió de la Compañía, llena de resplandores de gloria, que la llevaban al cielo muchos Angeles: lo cual sucedió en el mismo lugar que á San Benito aconteció otra revelacion semejante en la muerte de San German, Obispo de Capua.

Estando enfermo el P. Juan Coduri, uno de los compañeros de San Ignacio, fué á decir misa por él su santo Padre á la Iglesia de San Pedro "de Monte Aureo;" más en el camino levantando los ojos al cielo, vió el alma de dicho P. Coduri muy resplandeciente, entre coros de Angeles que la subian al cielo; y vuelto San Ignacio á su compañero, le dijo: Tornemos á casa que ya ha muerto el maestro Juan Coduri.— *Vida de San Ignacio* por el P. Juan Eusebio de Nieremberg.

*Oracion final á la Reina de los Angeles.
Oh María etc.*





DIA VEINTISEIS.

La oracion preparatoria como el primer dia.

MEDITACION.

ALEGRIA DE LOS ANGELES POR LA CONVERSION
DE UN PECADOR.

Punto 1.º Considera, alma mia, que la gloria de Dios brilla singularmente en las naturalezas intelectuales por su misericordia y su justicia; su providencia, su inmensidad, su omnipotencia, se manifiestan en las criaturas inanimadas; pero sólo los seres inteligentes pueden sentir los efectos de su misericordia y su justicia, estos dos atributos son los que establecen su gloria y su reinado sobre las naturalezas racionales. Es por la misericordia y la justicia, por lo que los Angeles y los hombres están sujetos á Dios; la misericordia reina sobre los buenos, la justicia sobre los ma-

los: una por la comunicacion de sus dones, la otra por la severidad de sus leyes; la una por la dulzura, y la otra por la fuerza; una se hace amar, y la otra se hace temer; una atrae, y la otra repele; una recompensa la fidelidad, y la otra castiga la rebelion. La misericordia y la justicia son como las dos manos de Dios, de las cuales la una dá y la otra corrige; son como las dos columnas que sostienen la majestad de su reino: una eleva á los inocentes y la otra abate á los criminales. Si todos los caminos del Señor, como dice el Profeta, son misericordia y justicia,⁽¹⁾ atributos que hacen brillar magníficamente su gloria y su reinado: hé aquí por qué la conversion del pecador llena de inmensa alegría á los santos Angeles, pues admiran la misericordia en el perdón de los pecados y la justicia en los gemidos y lágrimas del pecador, y aunque sean embriagados con el torrente de las eternas delicias; sin embargo, sienten aumentar su regocijo cuando nosotros somos renovados por la penitencia. El Evangelio claramente lo expresa cuando dice: "Los Angeles se regocijan más con la conversion de un peca-

(1) Psalm. XXIV, 10

dor que con la perseverancia de noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.”[2]

Punto 2º. Considera que los justos de que habla el Evangelio en el pasaje citado no son otros que los mismos Angeles, pues solo de estos puede decirse con verdad que no necesitan de penitencia, porque habiendo pecado todos los hombres en Adán, seria una temeridad asegurar que no tienen necesidad del remedio de la penitencia, y con mayor razon cuando el Discípulo amado ha dicho refiriéndose á los hombres: “Si alguno dice que no peca, se engaña y no hay verdad en él.”(3) ¿En dónde encontraremos, pues, esa inocencia tan pura, tan perfecta que no tiene necesidad de penitencia? Sin duda que solo puede hallarse entre los Angeles, que detestando la rebelion y audacia de satanás, permanecieron firmes en el bien en que Dios los habia establecido desde su origen; ellos se alegran, por consiguiente, más de la conversion del pecador que de la perseverancia aún de sí mismos, porque no pueden ménos que reconocer la misericordia de Dios en toda su grandeza, en toda

(2) Luc. XV. 7.

(3) Joan. I. 8.

su plenitud, y celebrarla con los más vivos trasportes de júbilo, puesto que la justificacion del pecador es una obra más grande aún que la creacion de mil mundos; la accion divina al sacar los seres de la nada no encuentra ninguna oposicion; pero al convertir al pecador ha tenido que vencer la oposicion de la voluntad. Cuando Dios crió el cielo y la tierra, nada se opuso á su voluntad; cuando Dios convierte á los pecadores, es necesario que venza su resistencia, y que combata, por decirlo así, á su propia justicia arrancándole sus víctimas; esta bondad que resiste tantos obstáculos es sin duda más poderosa, más abundante que aquella que no encuentra impedimentos en las comunicaciones de su gracia y de su gloria en los Angeles bienaventurados. Siendo, pues, la conversion del pecador la obra maestra de la misericordia divina, no puede ménos que ser celebrada por los Angeles con inmensa alegría. Si por desgracia no nos hemos convertido totalmente á Dios, procuremos hacerlo hoy de todo corazon, así aumentaremos, si quiera sea accidentalmente, la dicha de esos espíritus felices que nos aman ardentemente y desean que reparemos las ruinas que satanás y sus cómplices deja-

ron en el empireo, ocupando nosotros las sillas que quedaron vacias por su soberbia y perfidia.

JACULATORIA.

Angeles dichosos que celebráis la conversion de los pecadores, alcanzadme la gracia de que me convierta verdaderamente á Dios.

PRACTICA.

Como la verdadera conversion es una confesion bien hecha, no dejeis de hacerla al ménos una vez al mes, para que de este modo alegreis á los Angeles del cielo.

Se rezan tres Padre Nuestros y tres Ave Marias con Gloria Patri y se ofrecen con la siguiente

ORACION.

Espíritus soberanos, que contempláis como un espectáculo digno de vuestra alegría, la penitencia de los pecadores; porque admiráis en ella la misericordia de Dios y veis cumplidos los sentimientos de amor y de ternura que abrigáis hácia nosotros; os rogamos, con toda la efusion de nuestras almas, que nos alcanceis de la Clemencia infinita los di-

vinos auxilios para convertirnos totalmente á nuestro amable Redentor, derramando abundantes lágrimas de contricion por nuestras culpas, hasta merecer el perdon y la gracia en esta vida y la eterna gloria en la otra. Amen.

EJEMPLO.

En el tiempo en que S. Ignacio de Loyola escribia las constituciones de la Compañía de Jesus, de esa sociedad que habia de ser semillero fecundo de santos misioneros que, con sus ejemplos y palabras, habian de convertir innumerables infieles y pecadores, en ese tiempo, digo, recibió extraordinarios favores del cielo, sin duda alguna, felices nuncios de los frutos que obtendrian sus ilustres hijos. "Muchas veces oia aún con los sentidos exteriores, músicas suavísimas de los Angeles, y una armonía inexplicable, que le hacia deshacerse en lágrimas: principalmente en la Misa le regalaba Dios por medio de los espíritus celestiales, los cuales enviaban del cielo para que le diesen á gustar del contento y alegría que hay en la gloria, y no se haya en esta vida; y así, puestos en coro encima del altar donde decia Misa, todo el tiempo que duraba, entonaban celes-

tiales canciones y con suavísima armonía le daban música al bendito Padre; y esto no fué una sino muchas veces.”(1) ¡Qué otra cosa eran esa alegría, música y cantos de los Angeles, si no demostraciones de júbilo por las conversiones que habian de obrar sus hijos los misioneros, y la recompensa debida á los deseos del santo que preferia la vida al mártirio sólo por convertir almas?

Oration final á la Reina de los Angeles, Oh María etc.



(1) Vida del Santo por el P. Juan Eusebio Nieremberg.

DIA VEINTISIETE.

La oracion preparatoria como el primer dia.

MEDITACION.

ARCANGEL SAN RAFAEL.
HISTORIA BÍBLICA. (*)

Punto 1º Considera, alma mia, que la Sagrada Escritura hace mencion de tres Arcángeles dando á conocer sus importantísimas apariciones, en las que han venido á desempeñar las más altas misiones en favor de la humanidad; y como la Iglesia ha autorizado el culto que los fieles siempre han tributado á estos espíritus celestiales, ya instituyendo fiestas en su honor, ya erigiéndoles suntuosos templos ó ya declarándolos patronos de la cristiandad; muy justo será que consagremos cuatro dias á la consi-

[*] Extractada de la obra, *Los Angeles Custodios* del P. Rafael Pérez.